

CIENCIA VETERINARIA..

BOLETIN

SE PUBLICA LOS DIAS 1, 10 Y 20

Plaza de Santo Domingo, 13. - Teléfono 22 19 56

NUM. 365

Madrid, 10 de junio de 1952

AÑO XIII

DIVAGANDOS DE VIAJE

El palacio de los descubrimientos

No, lector, no voy a descubrir el Mediterráneo, aquí, en pleno París, aunque ciertamente voy pilotado por la mano experta del profesor C. Bressou, Director de la Escuela Veterinaria de Alfort; enrolado en tan grata compañía he descubierto, y no juego al retruécano, el palacio del descubrimiento, es decir, un museo dedicado a exponer la historia, las fases de los grandes descubrimientos científicos.

Desde muy antiguo hay museos donde se coleccionan y exponen cuadros, esculturas, piezas arqueológicas; armas, trajes, monedas, etc.; hay también museos de extravagancias, de monstruosidades; la manía coleccionista adquiere múltiples facetas, artísticas unas, curiosas otras. En tan larga serie de colecciones faltaba un museo de la ciencia, más concretamente, de la ciencia experimental, cuyos trabajos nos permite a nosotros disfrutar una civilización colmada de ventajas materiales.

«Le Palais de la Découverte», como se llama en francés, fué iniciado hace muy pocos años, y en tan corto plazo ha reunido cuantioso material experimental de las ciencias físicas, químicas, biológicas, en toda la frondosidad de sus múltiples especialidades.

La ciencia veterinaria ha encontrado un cómodo alojamiento en este palacio. Nuestro amigo Bressou, que figura como miembro del Consejo directivo, ha intervenido eficazmente para lograr esta participación y «permitir — son sus palabras — a los visitantes familiarizarse con las investigaciones y descubrimientos en un dominio poco conocido de la biología aplicada».

En las salas de la ciencia veterinaria abunda la documentación referente a las aplicaciones prácticas en la explotación y curación de los animales útiles; también hay abundantes exposiciones de descubrimientos de ciencia pura: fisiología, bacteriología...

Para alcanzar el estado actual de la veterinaria se han sucedido varias

etapas de conocimientos. Así, la evolución de nuestra especialidad científica está representada en este museo por sugestivas reproducciones en bajorrelieves, de esculturas, grabados, libros antiguos, que corresponden a épocas muy remotas, donde el empirismo nació de la aguda observación de los hechos naturales.

Al llegar la época moderna, Francia puede mostrar con orgullo el desarrollo de las ideas de Bourgelat, fundando las Escuelas de Lyon y de Alfort, para la enseñanza veterinaria, divulgada rápidamente por todo el mundo civilizado.

La fundación de las Escuelas, en el siglo XVIII, marca un hito señero en la evolución profesional; es también punto de arranque para nuevas investigaciones, nuevos descubrimientos, con amplias representaciones en el museo, expuestas agrupadas por disciplinas.

Así, la anatomía está representada por el célebre caballo desollado de Fragonard, pieza muy valiosa por los detalles anatómicos y artísticos que contiene.

Tuvo la ciencia francesa grandes fisiólogos en el siglo XIX; contiguo a la figura ingente de Claudio Bernard se destacan experimentadores prestigiosos, como son los veterinarios Colin, Chauveau, Laulané. En el museo se han recogido los aparatos originales que utilizó Chauveau para descubrir el mecanismo del corazón, audaz experiencia que sólo un genial conocedor de la anatomía equina pudo discurrir y llevarlo a la experimentación del laboratorio. También se conservan los aparatos originales que utilizó Laulané para sus investigaciones sobre el mecanismo de la respiración; los trabajos de Colin referentes al sistema linfático figuran en destacado lugar.

En el dominio de la patología infecciosa, la colaboración de los veterinarios franceses ha permitido fecundos descubrimientos. Pasteur necesitó recurrir a los veterinarios para realizar sus geniales descubrimientos, que han trastocado el concepto etiológico de la medicina.

Veterinarios fueron los primeros investigadores de la escuela pasteuriana: Delafond, Toussaint, en el carbunco; Galtier, en la rabia, y Bouley representa el gran apóstol de la doctrina de la naturaleza viva del contagio.

Conocido desde muy antiguo el mundo de los grandes parásitos: lombrices, ácaros..., ha sido en el siglo XIX cuando se ha descubierto la vida misteriosa de estos animales, inofensivos unos, perjudiciales los más. Delafond y Ballet han descubierto muchos aspectos biológicos de las sarnas; A. Railliet alcanza un prestigio universal en helmintología, y G. Neumann, en acarología.

Hay también una muestra muy significativa respecto al moderno aspecto referente al importante papel que juega la veterinaria en la higiene de la alimentación humana; nombres tan prestigiosos como Nocard, Arloing, han contribuido, con sus descubrimientos sobre la tuberculosis, a organizar un servicio de vigilancia en las vacas productoras de leche. Porcher, indiscutible autoridad en cuestiones lactológicas, ha influido universalmente, con sus descubrimientos, en toda la técnica de la industria lechera.

Han llegado, en la última etapa de la veterinaria, las cuestiones científicas de la explotación animal; los nombres de Sanson, Magne, Baron, son los pioneros de la zootecnia moderna. Baron, autoridad discutida, ha sabido crear los fundamentos de la etnografía y morfología de los animales domésticos; es cierto que la innovación de los *controles* de rendimiento han mermado un poco el valor de la morfología; esto no quita importancia a los descubrimientos baronianos, y la morfología se apoya en sus interpretaciones biológicas.

La zootecnia es una técnica cuyos fundamentos son la fisiología, la higiene... El ganadero ha mejorado la producción de los animales útiles forzando las funciones fisiológicas de los límites primigenios, y esto reclama un *habitat* apropiado, que sólo la higiene y la alimentación pueden suministrar.

La instalación de la ciencia veterinaria resulta una síntesis precisa, una muestra de cuanto han contribuido a la formación científica de la actualidad.

Este museo merece muchas visitas y un gran caudal de curiosidad; es la historia que se nos muestra en los hechos, con sus tropiezos y aciertos; requiere dejarse guiar por la imaginación para comprender cómo trabajaron los hombres que dejaron escrito su nombre en el gran libro de la ciencia.

París, mayo 1952.

C. SANZ EGAÑA